

Contenido



- [Las Siete Palabras de Cristo en la Cruz: Un Camino Espiritual hacia el Corazón de Dios](#)
- [1. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»](#)
 - [Lecciones de esta palabra:](#)
 - [Aplicación práctica:](#)
- [2. «Hoy estarás conmigo en el Paraíso»](#)
 - [Lo que aprendo:](#)
 - [Ejercicio espiritual:](#)
- [3. «Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre»](#)
 - [Reflexión:](#)
 - [Compromiso:](#)
- [4. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»](#)
 - [Enseñanzas clave:](#)
 - [Para contemplar:](#)
- [5. «Tengo sed»](#)
 - [Meditaciones:](#)
 - [Propósito:](#)
- [6. «Todo está cumplido»](#)
 - [Claves espirituales:](#)
 - [Examen de conciencia:](#)
- [7. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»](#)
 - [Lo que me inspira:](#)
 - [Oración final:](#)
- [Conclusión: La Cruz como escuela del amor perfecto](#)

Las Siete Palabras de Cristo en la Cruz: Un Camino Espiritual hacia el Corazón de Dios

Cuando contemplo las últimas palabras pronunciadas por Cristo en la Cruz, me encuentro ante un abismo de amor, sabiduría y redención. Son siete frases breves, pero cargadas de una profundidad insondable, capaces de transformar el alma más endurecida. No fueron simples expresiones de un moribundo; fueron su testamento, su último sermón, su sacrificio transformado en palabra viva. Al meditar cada una de ellas, no solo me acerco al misterio de la Cruz, sino que me reconozco amado, llamado y redimido por un Dios que no cesa de

hablarme desde el madero de la redención.

A través de estas palabras descubro los cimientos del Evangelio: perdón, esperanza, filiación divina, abandono confiado, sed de almas, cumplimiento de la voluntad del Padre y entrega total. No hay rincón del alma que no pueda ser iluminado por estas frases; no hay herida que no pueda ser sanada si me dejo tocar por su verdad. Hoy quiero sumergirme aún más en este misterio, explorar a fondo cada palabra, dejar que resuene en lo más profundo de mi ser y transforme cada área de mi vida.

1. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»

La primera palabra de Cristo en la Cruz resuena como un eco de amor inconcebible. Mientras es clavado, escarnecido y herido, lejos de pronunciar una maldición, Él eleva una súplica por quienes le causan el tormento. Su oración no solo me conmueve, sino que me interpela: ¿soy capaz de perdonar en medio del dolor?

Jesús no excusa el pecado, pero lo cubre con la misericordia. Me enseña que incluso quienes actúan por ignorancia necesitan el perdón, y que el perdón es el mayor acto de amor. Su mirada, en medio de la tortura, no se vuelve hacia sí mismo, sino hacia sus verdugos. Y al hacerlo, me muestra el rostro de un Dios que no condena, sino que salva.

Lecciones de esta palabra:

- La caridad se manifiesta primero con los enemigos.
- La oración es el canal del perdón verdadero.
- Mi ignorancia no anula la culpa, pero sí abre una puerta a la misericordia.

Aplicación práctica:

Cada vez que me sienta herido, debo recordar esta palabra. Antes de quejarme o buscar venganza, he de orar: «Padre, perdónalos». Este es el inicio del camino cristiano. Este es el lenguaje de la cruz.

2. «Hoy estarás conmigo en el Paraíso»

En medio del Gólgota, rodeado de burlas, surge un diálogo entre dos condenados. Uno se burla, el otro reconoce. Y ese reconocimiento, esa humilde súplica de ser recordado, obtiene la promesa más bella del Evangelio: el Paraíso, hoy, con Cristo.

El buen ladrón representa a toda alma arrepentida. No pide ser liberado del sufrimiento, no exige una recompensa. Solo desea ser recordado. Pero Cristo le da más: la comunión plena, inmediata, eterna. No hay purgatorio, no hay espera. El que se abandona con fe y humildad recibe todo.

Lo que aprendo:

- El cielo no es un premio a la perfección, sino un regalo al corazón arrepentido.
- No es tarde mientras haya aliento.
- Jesús responde no solo con palabras, sino con su presencia.

Ejercicio espiritual:

Medito en mi propia cruz. ¿Me quejo como el mal ladrón o reconozco a Cristo como el bueno? ¿Deseo el Paraíso o me aferro a este mundo?

3. «Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre»

Esta palabra me introduce en un misterio profundo: la maternidad espiritual de María. Jesús, en el momento más doloroso de su vida, no olvida a su Madre ni a sus discípulos. Al entregarnos a María, nos entrega un refugio, una guía, una compañera fiel en la cruz.

La presencia de María al pie del madero me habla de fortaleza, de fe silenciosa, de amor perseverante. Ella no huye del dolor. Está allí, firme. Y yo, como discípulo amado, recibo su amor de madre. No estoy solo. María me acompaña.

Reflexión:

- María no es un símbolo, es una madre real, presente y activa.
- La Iglesia nace al pie de la Cruz, bajo el manto de María.

- Aceptar a María en mi vida es acoger el consuelo de Dios.

Compromiso:

Rezar con María, caminar con María, confiar en su intercesión. Ella me forma como verdadero discípulo.

4. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Esta es, quizá, la palabra más misteriosa y dolorosa. Cristo cita el Salmo 22, no como una queja desesperada, sino como expresión de la extrema desolación que asume por amor. Él, el Hijo eterno, experimenta la ausencia sensible del Padre para redimir mi propia oscuridad.

En esta palabra descubro que no estoy solo en mis noches. Jesús no me promete una vida sin sufrimiento, pero me asegura su compañía en el abandono. Él ha conocido la soledad más profunda, y ha transformado ese abismo en puente hacia el Padre.

Enseñanzas clave:

- La fe se sostiene incluso cuando no se siente.
- Dios parece callar, pero nunca abandona.
- El grito de Cristo contiene la esperanza del salmo completo, que termina en alabanza.

Para contemplar:

¿Cuándo me he sentido abandonado? ¿Qué me dice Jesús desde su propia noche? ¿Puedo confiar aunque no entienda?

5. «Tengo sed»

Este grito breve encierra una sed profunda. No es solo sed física. Es sed de almas, sed de amor, sed de que se cumpla la voluntad del Padre. Jesús, en su agonía, expresa su deseo más ardiente: que todos se salven, que todos lo amen.

Su sed me interpela. ¿Qué hago yo para calmarla? ¿Me doy, como el agua fresca al sediento? ¿O soy indiferente? Esta palabra me llama a una respuesta concreta: ser consuelo para Cristo, ser discípulo sediento de amor y misión.

Meditaciones:

- Cristo me desea. Mi alma es su anhelo.
- Al comulgar, sacio su sed.
- Mi indiferencia es como vinagre en sus labios.

Propósito:

Ofrecer cada día un acto de amor consciente, para calmar su sed. Ser alma reparadora.

6. «Todo está cumplido»

Estas palabras son un grito de victoria. No es derrota. No es resignación. Es la consumación de un plan eterno. Todo lo anunciado, todo lo prometido, todo lo exigido por el amor, se ha cumplido.

Jesús no deja nada a medias. Su vida fue entrega total. Su muerte, cumplimiento perfecto. En Él no hay frustración, hay plenitud. Me invita a vivir así, con propósito, con fidelidad, con coherencia.

Claves espirituales:

- El cristianismo no es teoría, es cumplimiento.
- Cada pequeño acto mío forma parte del plan de Dios.
- El sentido de la vida está en la entrega, no en el éxito.

Examen de conciencia:

¿Qué debo aún cumplir? ¿Qué me impide decir «todo está cumplido» al final de cada día?

7. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»

La última palabra es una oración de abandono total. Jesús entrega su vida libremente. No muere porque lo matan. Muere porque se entrega. En sus manos coloca su alma. Y me enseña a hacer lo mismo.

Esta entrega me revela cómo morir, pero también cómo vivir. En cada acto, en cada decisión, puedo decir: «Padre, en tus manos me entrego». No se trata solo del final de la vida, sino del estilo de cada jornada.

Lo que me inspira:

- La confianza es la cima de la fe.
- No muero solo. Muero con Cristo.
- El verdadero descanso está en las manos del Padre.

Oración final:

Padre, quiero vivir como tu Hijo murió: confiando, entregándome, amando hasta el final.

Conclusión: La Cruz como escuela del amor perfecto

Estas siete palabras son un resumen del Evangelio, una catequesis divina desde el altar de la Cruz. Cada una de ellas es una puerta hacia el corazón de Cristo, una llama que enciende mi alma, un espejo donde contemplo lo que estoy llamado a ser.

Al meditar en ellas, descubro quién es Jesús, pero también quién soy yo. Aprendo a perdonar, a confiar, a amar, a esperar, a entregar. Aprendo que la Cruz no es el final, sino el inicio de la vida verdadera. Que desde ese trono de dolor brota el manantial de la gracia.

Hoy, le pido a Cristo crucificado que me grave sus palabras en el alma. Que cada día de mi vida sea eco de esas frases sagradas. Que, como el buen ladrón, pueda recibir la promesa del Paraíso. Que, como María, permanezca fiel al pie de la Cruz. Que, como Él, viva para amar y muera entregándome en las manos del Padre.

Este artículo es una invitación a vivir las Siete Palabras no como un recuerdo piadoso, sino como un programa de vida. Que cada lector, al meditar en ellas, escuche la voz viva de Cristo, y responda con todo su corazón.